

Partidos políticos mundiales

Traducción de Leandro Nagore y Silvina Silva

*Hoy en día, muchas decisiones políticas son tomadas por las instituciones internacionales, al margen de la participación democrática y del control popular. Los partidos políticos, relegados a las esferas nacionales, no han sabido establecer redes internacionales, y su influencia, a nivel mundial, apenas es palpable. ¿Cómo están reaccionando estas formaciones a los nuevos retos que plantean la globalización y los nuevos regímenes de gobierno global? ¿Han sabido adaptarse al nuevo contexto internacional? Y, lo más importante, ¿existe una necesidad de partidos políticos mundiales, o el desarrollo de los mismos conduciría a un deterioro aún mayor de la democracia?**

Es cada vez más evidente, desde hace ya muchos años, que la política mundial no puede reducirse a las relaciones entre Estados. La multiplicidad de actores, aparentemente nuevos, amplía los horizontes de los significados de la política en un mundo globalizado. Entre los ejemplos citados más frecuentemente podemos incluir a las empresas mundiales, a las redes de organizaciones no gubernamentales (ONG) y a los movimientos sociales transnacionales. Aunque se exagere constantemente su supuesta novedad como actores, obviando el hecho de que muchos tienen profundas raíces y antecedentes históricos, su inclusión enriquece los debates clave sobre las cuestiones mundiales.

Si bien la aparición de estos actores aparentemente nuevos es reconocida tanto por círculos académicos como en otras áreas de la generación de conocimientos, no han sido plenamente exploradas las implicaciones de este proceso en la redefinición de la política. ¿Qué significa “ser político” en el globalizado siglo XXI? De modo más normativo, ¿qué tipo de colectividades ciu-

Heikki Patomäki y Teivo Teivainen son Catedráticos de Ciencias Políticas en la Universidad de Helsinki (Finlandia)

* Este artículo fue publicado originalmente en Katarina Sehm-Patomäki y Marko Ulvila (Eds.), *Global Political Parties*, Zed Books, Londres, Nueva York, 2007. Se cuenta con autorización para su reproducción en castellano.

dadanas pueden o deben convertirse en agentes de cambio democrático? Consideramos que es tanto probable como deseable que estas preguntas ganen prominencia en los debates políticos y académicos en los años venideros.

En los debates sobre las agencias políticas mundiales, es cada vez más evidente la naturaleza política de actores como las empresas transnacionales o las ONG. No obstante, éstas suelen ser analizadas en términos de grupos de presión o redes de promoción y defensa monotemáticos o, incluso, como el tercer sector. Por otra parte, existen estudios que ponen en duda las hipótesis de estos enfoques, y que abogan por unas perspectivas más políticas. Dos ámbitos analíticos que ofrecen ejemplos de una mayor comprensión de lo político en la política mundial serían los estudios críticos sobre economía política internacional y sobre movimientos sociales transnacionales. Asimismo, se puede constatar una cierta carencia en cuanto al análisis sobre los posibles futuros mundiales de la entidad política más tradicional de los últimos dos siglos: el partido político.

En los debates sobre la emergencia de una sociedad civil global, raras veces se analiza el papel de los partidos políticos. Se suele considerar que están separados de la sociedad civil, como parte de la forma tradicional y anticuada de hacer las cosas. Aunque muchas organizaciones de la sociedad civil han transformado la escala de sus acciones, pasando a lo transnacional, generalmente se asume que los partidos políticos siguen enclaustrados dentro de los confines de sus respectivos Estados territoriales.

Las proyecciones globales de instituciones arraigadas en comunidades políticas nacionales corren el riesgo de reproducir los aspectos problemáticos de las analogías nacionales. Desde que Hedley Bull acuñase el término,¹ las críticas a la “analogía nacional” también se han utilizado para socavar teóricamente los esfuerzos por aplicar los principios democráticos a la política global. Las propuestas directas de federalismo parlamentario global suelen incluir analogías simplistas, pero consideramos que existen posibilidades de democratizar la política mundial más allá de la mera proyección de instituciones democráticas, tal y como las conocemos, en los contextos mundiales. En otros trabajos hemos explorado las posibilidades de aplicar mecanismos parlamentarios a la política global desde una perspectiva no federalista.² En este texto queremos reflexionar sobre otra institución que ha surgido, generalmente, en los modernos Estados nación, y que también podría brindarnos interesantes apreciaciones con respecto a los contextos transnacionales.

¹ H. Bull, *The Anarchical Society. A Study of Order in World Politics*, Macmillan, Basingstoke (Reino Unido), 1977, pp. 46-51.

² H. Patomäki y T. Teivainen, *A Possible World: Democratic Transformation of Global Institutions*, Zed Books, Londres, 2004a, pp. 139-149.

¿Pueden hacerse mundiales los partidos políticos?

Los partidos políticos -tal y como los conocemos- aparecieron en Europa y en las Américas en los siglos XVIII y XIX. En las antiguas y republicanas ciudades-estado de la Grecia Antigua, de Roma y de la India existían partidos de opinión y camarillas, pero la metáfora del cuerpo político dominó la imaginación política hasta los principios de la modernidad en Europa. El concepto era que no es saludable que un organismo o cuerpo sufra conflictos o contradicciones. Los partidos políticos organizados sólo surgieron una vez que esta metáfora fue sustituida por la idea más individualista del contrato social.³ La idea de que un partido representase los intereses universales de la humanidad apareció en el siglo XIX, y contribuyó, tras la Revolución rusa de 1917, a la formación de Estados unipartidistas, con implicaciones totalitarias. Durante y a partir de la guerra fría, el modelo de poliarquía (elitismo competitivo) ha prevalecido en el Norte geopolítico al igual que en varios países del Sur.⁴

Aunque muchas organizaciones de la sociedad civil han transformado la escala de sus acciones, pasando a lo transnacional, generalmente se asume que los partidos políticos siguen enclaustrados dentro de los confines de sus respectivos Estados territoriales

En las poliarquías de Occidente, los miembros de los partidos políticos se presentan como candidatos para ser elegidos a varios cargos estatales; de este modo, los representantes de partido elegidos logran acceder al proceso de toma de decisiones, tanto políticas como legales. Otros actores políticos pueden intentar ejercer presión sobre los representantes y cargos públicos, o a través de los medios de comunicación. Aunque, en realidad, los poderes de los legisladores nacionales y los políticos sean cada vez más limitados, se mantiene en el contexto nacional un concepto poco ambiguo sobre lo que significa la política. No obstante, en la política global, no está clara la forma que deben adoptar las actividades y los actores políticos. ¿A qué puestos políticos deberían postularse hipotéticamente los partidos mundiales? Al no existir emplazamientos mundiales de acción política análogos a los parlamentos nacionales, no es fácil especificar lo que deberían o podrían hacer los partidos políticos mundiales. A continuación, presentaremos unas consideraciones iniciales sobre las posibles trayectorias mundiales para los partidos existentes y sus formas actua-

³ T. Ball, *Transforming Political Discourse: Political Theory and Critical Conceptual History*, Blackwell, Oxford, 1989.

⁴ Para un análisis crítico de las políticas de promoción de la democracia del Norte, especialmente de EEUU, ver W. I. Robinson, *Promoting Polyarchy. Globalization, US Intervention, and Hegemony*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

les, así como la posibilidad de que nuevos tipos de instituciones asuman algunos de los papeles tradicionalmente desempeñados por los partidos estado-céntricos en el contexto global.⁵

Las redes y federaciones de partidos nacionales, como las internacionales socialistas, son ejemplos históricos clave de formas partidistas internacionalistas. También hay ejemplos de partidos únicos, como el Partido Radical Transnacional que surgió en Italia, y algunos partidos verdes que se han autoproclamado como partidos mundiales desde sus inicios. Desde las fronteras de la ciencia-ficción y del análisis social, la posibilidad de un partido global ha sido analizada e imaginada más poderosamente por Warren Wagar, que, a su vez, se inspira en las ideas anteriores de H. G. Wells.⁶

No debemos pensar que estos posibles partidos mundiales sean únicamente el resultado de la evolución o de una alianza de partidos estado-céntricos existentes. En este caso, sería más bien que las organizaciones de las sociedades civiles transnacionales, existentes o futuras, se convertirían en el equivalente más parecido a un partido político en el ámbito global. En estos debates cobra especial relieve el proceso del Foro Social Mundial (FSM). También es posible que surja algo nuevo y diferente en los años venideros. Los límites temporales de nuestra imaginación política tienden generalmente a ser demasiado reducidos.

Experiencias históricas de partidos políticos transnacionales

Cuando nos referimos a los partidos mundiales, muchos son los activistas y analistas que piensan inmediatamente en las internacionales socialistas que surgieron a finales del siglo XIX, tras el establecimiento de la Asociación Internacional de Trabajadores en 1864. Las divisiones nacionalistas de la I Guerra Mundial parecían señalar el fin de los internacionalismos socialistas. Las posteriores internacionales fueron dirigidas desde Moscú, generalmente en beneficio del interés nacional de la Unión Soviética. No obstante, e incluso después del declive del comunismo soviético y chino, siguen existiendo la Internacional Socialista socialdemócrata y la fragmentada Cuarta Internacional, de inspiración trotskista. Es poco probable que surjan partidos mundiales eficaces y emancipadores a través de estas instituciones, pero sigue siendo importante estudiarlas y aprender tanto de sus errores como de sus logros.

⁵ Para un análisis sobre el surgimiento de estas formas de acción colectiva “semejantes a un partido político transnacional posmoderno”, ver S. Gill, “Toward a postmodern prince? The battle in Seattle as a moment in the new politics of globalization”, *Millennium*, N° 29, 2000, pp. 131-40.

⁶ Para los debates generados por el concepto de partido mundial de Wagar, ver, por ejemplo, la edición especial del *Journal of World-Systems Research*, Vol. 1, N° 2, 1996. Ver, también, C. Chase-Dunn y T. Boswell, “Global democracy: a world-systems perspective”, *ProtoSociology. An International Journal of Interdisciplinary Research*, N° 20, 2004, pp. 15-30.

Desde mediados del siglo XX, partidos no socialistas, como los partidos liberales y conservadores, han creado sus propias estructuras internacionales. La Internacional Liberal, establecida en 1947, y la Unión Internacional Demócrata, fundada en 1983, se han mantenido como organizaciones de tamaño relativamente menor, poco más que la mera suma de sus partidos miembros. También existe una internacional análoga para los partidos cristianos.

Por otra parte, los vínculos transnacionales entre los partidos verdes que surgieron en las décadas finales del siglo XX pueden considerarse como descendientes lejanos de los internacionalismos anteriores. De todos modos, tal y como Rauli Mickelsson ha constatado con mucho acierto, los partidos verdes tienden a tener una identidad más global y posnacional que las internacionales tradicionales.⁷ Los activistas de los partidos verdes, en distintas partes del mundo, se consideran a veces como miembros del “único partido político global del planeta”.⁸

El hecho de que no se celebren elecciones mundiales ni existan parlamentos mundiales podría indicar que la construcción de órganos transnacionales similares a los partidos sea una idea relativamente poco atractiva. ¿De qué servirían si no hay elecciones que puedan ganar, si no hay cargos políticos que se puedan obtener? La élite global sí cuenta con organizaciones de relevancia política, como el Grupo Bilderberg, la Comisión Trilateral y la Sociedad Mont Pelerin, pero son escasos los indicios en cuanto a la emergencia de una organización dinámica de la derecha global, estructurada como partido político. Con respecto a la izquierda más radical, la estructura de red de las élites capitalistas mundiales se utiliza a veces como argumento para emular sus formas.⁹

Desde 1979, el Parlamento Europeo ha sido uno de los espacios más importantes en cuanto a la formación de partidos transnacionales.¹⁰ Este espacio es un claro ejemplo del vínculo que existe entre la aparición de cargos que pueden ser obtenidos y la transnacionalización de los partidos políticos. Dentro de los límites eurocéntricos, característicos por otra parte de las redes y federaciones europeas de partidos, la experiencia del Parlamento europeo indica que los partidos pueden evolucionar transnacionalmente. Habitualmente, sus miembros se han agrupado según sus afiliaciones políticas, y no en bloques nacionales.

⁷ R. Mickelsson, “Kosmopoliittisen puolueen mahdollisuudet”, [*Las posibilidades de un partido cosmopolita*], *Futura*, Nº 1, 2005, pp. 78-91.

⁸ Dean Myerson, coordinador político del Partido Verde de EEUU, en un discurso presentado en Bélgica el 6 de diciembre de 2001, en www.commondreams.org/news2001

⁹ Para Christophe Aguiton, un activista de movimientos sociales radicales vinculado a la Cuarta Internacional, “dos ejércitos no pueden luchar si no tienen las mismas armas. Por ello debemos organizarnos en redes. Para luchar contra empresas como Nike, existe la necesidad estructural de organizarse en redes”. Comentarios ante la Globalization Studies Network Conference de Dakar, Senegal, 30 de agosto de 2005. Ver también C. Aguiton y D. Cardon, *Le Forum et le réseau. Une analyse des modes de gouvernement des forums sociaux. Communication pour le colloque ‘Cultures et pratiques participatives: une perspective comparative’*, LAISO/AFSP, 2005.

¹⁰ Los miembros del Parlamento Europeo fueron elegidos mediante sufragio directo por primera vez en 1979.

A pesar de algunos intentos de imitar la institucionalidad de la Unión Europea en otros lugares del mundo, aún no existe un parlamento regional de igual relevancia en ninguna otra parte. Es posible, sobre todo en América Latina, que los parlamentos regionales puedan evolucionar hasta convertirse en espacios decisorios más significativos, pero hay pocos indicios de que esto resultara en la formación de partidos realmente transnacionales. En la historia moderna de América Latina, la iniciativa más importante y explícita para la creación de un partido continental fue la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). Sin embargo, sus tendencias cosmopolitas en la década de 1920 se desvanecieron rápidamente, aunque siga manteniéndose como un partido nacionalista peruano.¹¹ En los primeros años de este siglo, el continentalismo latinoamericano ha resurgido parcialmente a través de los esfuerzos del Gobierno venezolano de Hugo Chávez, para avanzar en la integración regional inspirada en los ideales de Simón Bolívar. Pero hasta la fecha no se han registrado iniciativas que hayan conducido a la formación de partidos regionales.

El surgimiento de partidos regionales mediante la creación de parlamentos regionales es una posibilidad factible, pero poco probable, a corto plazo, fuera del ámbito europeo. La posible aparición de partidos mundiales dinámicos, a través de la creación de parlamentos mundiales elegidos mediante sufragio directo y con poderes legislativos, es aún más remota. ¿Es concebible la formación de partidos políticos mundiales sin presuponer la existencia de un parlamento global? *A priori* no debemos limitar la posibilidad de que existan partidos mundiales o transnacionales únicamente a aquellos contextos en los que se puedan reproducir las instituciones de los Estados territoriales a escala regional o global. El marco para las instituciones políticas de cualquier mundo futuro no será un calco del Estado territorial. Todo lo contrario, opinamos que podría ser mucho más multidimensional, con varias estructuras solapadas de jerarquía y de toma de decisiones. Dado que la competencia por cargos políticos ha sido considerada tradicionalmente como la función principal de los partidos políticos, entonces también debe revisarse la noción de cargo político en un análisis de futuros partidos mundiales.

Imaginarlos históricos y futuribles de los partidos políticos mundiales

Por lo que se refiere a la imaginación política, la noción de un partido mundial está históricamente vinculada al concepto de un supuesto Estado mundial. En el periodo comprendido entre 1871 y 1914, varios autores empezaron a profetizar sobre una guerra europea o incluso mundial, de gran magnitud, librada con nuevas tecnologías militares y que llevaría a un

¹¹ J. Pakkasvirta, *¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y en el Perú (1919-1930)*, Universidad de Costa Rica, San José, 2005.

grado de destrucción sin precedentes.¹² Posiblemente el autor más significativo entre estos fue H. G. Wells, que empezó a abogar por un Estado mundial como solución a los problemas de la humanidad. Wells anticipó la guerra aérea antes de la innovación de las aeronaves. Además, en 1913, pronosticó el desarrollo de la bomba atómica y de la energía nuclear; incluso llegó a imaginar que a finales del siglo XX se libraría una guerra atómica mundial devastadora; “para la humanidad sólo cabe elegir entre el caos o los Estados Unidos del Mundo; no hay ninguna otra opción”.¹³

El marco para las instituciones políticas de cualquier mundo futuro no será un calco del Estado territorial. Podría ser mucho más multidimensional, con varias estructuras solapadas de jerarquía y de toma de decisiones

En 1902, Wells proponía la creación de una república mundial en su ensayo *Anticipations of the Reaction of Mechanical and Scientific Progress upon Human Life and Thought*; una idea que empezó a cultivar en muchos de sus escritos anteriores a la I Guerra Mundial. En un primer momento, Wells depositó sus esperanzas en el desarrollo de “hombres con capacidad operativa y administrativa” que tomarían las riendas del poder para construir un Estado mundial.¹⁴ Sin embargo, para cuando estalló realmente la I Guerra Mundial, democratizó su proyecto aún más. Wells participó activamente en el movimiento de la Sociedad de Naciones en 1917. En su último volumen de periodismo bélico, *In the Fourth Year*, se mostraba optimista en cuanto a la posibilidad de que la Sociedad de Naciones de la posguerra pudiera convertirse en un verdadero gobierno mundial (o al menos allanar el camino hacia ese objetivo). Argumentaba la apremiante necesidad de que la Sociedad no se convirtiera en un consorcio de diplomáticos nombrados por sus jefes de gobierno respectivos.¹⁵ Lo ideal sería que estuviese compuesta por delegados elegidos directamente por

¹² I. F. Clarke, *Voices Prophesying War 1763-1984*, Oxford University Press, Londres, 1966.

¹³ Para una visión sistemática y reciente de las obras de Wells, ver W. W. Wagar, *H. G. Wells. Traversing Time*, Wesleyan University Press, Middletown, Connecticut, 2004. Nuestra cita de Wells proviene de Wagar, p. 141 (extraída originalmente del prefacio de una reedición de 1917 de la obra *The War in the Air* de Wells).

¹⁴ W. W. Wagar, *op. cit.*, 2004, pp. 77-114.

¹⁵ Se cometió el mismo error con la creación de Naciones Unidas. Según George Monbiot, “aunque el Consejo de Seguridad fuese desmantelado mañana [...] la ONU estaría lejos de ser democrática. Muchos de los estados miembros no son ellos mismos democracias, y es tenue su pretensión de representar los intereses de sus pueblos. [...] En parte por ello, es muy limitada la sensación de propiedad pública de la Asamblea General o de las decisiones que adopta. En varias ocasiones he preguntado a los asistentes a reuniones públicas que levanten la mano si conocen el nombre del embajador de su país ante la ONU. En muy pocos casos, incluso en reuniones con personalidades políticamente más activas, lo conocen más de un 2 o 3%; una vez, ante un público de unas 600 personas eruditas de clase media (era una feria literaria), no hubo ninguna mano alzada. Por otra parte, muchos de los embajadores, que son designados y no elegidos, parecen estar más atentos a las preocupaciones de los servicios de seguridad de sus países que de los ciudadanos a quienes se supone que representan”. G. Monbiot, *The Age of Consent. A Manifesto for a New World Order*, Flamingo, Londres, 2003, p. 73.

las ciudadanía de todos los Estados representados, o, alternativamente, por colegios electorales elegidos democráticamente por las ciudadanía de todos los Estados.¹⁶ También es posible que Wells fuese un demócrata global por cuestiones estratégicas –por temor a que los Estados existentes, inclinados hacia el nacionalismo, el imperialismo y el militarismo, destruyesen su plan para la creación de un Estado global–. Como una de las figuras más prominentes de la izquierda británica, Wells abogó fuertemente por la causa de la democracia global. También participó activamente en el proceso que llevó al establecimiento de la Sociedad de Naciones. Poco tiempo después, en su famosa obra *A Short History of the World* (1922), Wells expresó su amargura con respecto a la poca visión de futuro de los estadistas: “se pretendía que el Tratado de Versalles fuese ejemplar y vengativo; impuso tremendas multas sobre los vencidos; intentó ofrecer compensaciones para los vencedores heridos y sufridores imponiendo enormes deudas sobre unas naciones ya en bancarrota, y sus intentos por reconstituir las relaciones internacionales mediante la creación de una Sociedad de Naciones contra la guerra fueron manifiestamente insinceras e inadecuadas”.¹⁷

Wells también lamentó que el plan del presidente de EEUU, Woodrow Wilson, para la Sociedad de Naciones fuera “incompleto, inadecuado y peligroso”. Incluso llegó a considerar que la Sociedad podía ser “un serio obstáculo para una eficaz reorganización de las relaciones internacionales”.¹⁸ Por consiguiente, una catástrofe de grandes dimensiones, como fue la I Guerra Mundial, parecía insuficiente para espolear una verdadera transformación en la organización política del mundo. En su texto de 1933, *The Shape of Things to Come*, Wells –mostrándose ahora más cercano a las posiciones de un socialismo tecnocrático cosmopolita que a la democracia global– predijo acertadamente el advenimiento de la II Guerra Mundial, e incluso contempló, algo después, el colapso total de “la civilización capitalista privada”.¹⁹ Llegado a este punto, el problema para Wells no era únicamente el sistema de Estados en sí mismo, sino también los mercados mundiales competitivos y guiados por el beneficio en los que operan los Estados: “la Paz Mundial seguirá siendo una enorme aspiración hasta que no haya un sustituto para la competencia actual que existe entre los Estados por hacerse con mercados y materias primas, además de cierta contención de la presión demográfica”.²⁰ En su nueva visión, las bases del Estado mundial socialista se construirían sobre la labor de las conferencias de trabajadores científicos y técnicos celebradas en Basra (Irak) en las décadas de 1960 y 1970, bajo los auspicios del Movimiento por un Estado Moderno. El Consejo Mundial, al erradicar la guerra y habilitar un progreso social que abarcase todos los ámbitos, sería eventualmente innecesario. Para

¹⁶ Ver W. W. Wagar, *op. cit.*, 2004, pp. 134-61.

¹⁷ H. G. Wells, *A Short History of the World*, Penguin Classics, Londres, 2000, p. 305.

¹⁸ *Ibidem*, pp. 306 y 307.

¹⁹ H. G. Wells, *The Shape of Things to Come*, Penguin Classics, Londres, 2005.

²⁰ *Ibidem*, p. 271.

la década de 2050, resultaría claro que la nueva humanidad ya no necesitaría ningún tipo de gobierno central.

Posiblemente aún más relevante es que, en la década de 1930, Wells desarrolló un relato de no-ficción, incluido en *The Open Conspiracy* (1933), en el que un movimiento de masas pluralista a favor de la unidad mundial crearía eventualmente un Estado mundial. Hasta la fecha, este es quizás el intento conceptual más sistemático para imaginar lo que significaría un partido político global, a pesar de que Wells insista en usar el término “movimiento” y niegue que pueda ser cualquier forma sencilla de organización.²¹ Aunque recuerde, en algunos aspectos, a la sociedad civil global de las décadas de 1990 y principios del siglo XXI, especialmente al proceso del FSM, la “conspiración abierta” es un movimiento de masas en un sentido más complejo. Está constituida por unas visiones compartidas (al menos en parte) del mundo, empezando por la representación humanista y cosmopolita que hace Wells de una religión, historia y potencial humano mundiales. Una religión no antropomórfica que cree en el desarrollo y en el “alma” de la especie humana, “que vivía antes de que naciera [el creyente] y que lo sobrevivirá”. Wells exige una devoción casi religiosa a este nuevo movimiento: “Vemos cómo la vida lucha vacilante, pero con creciente éxito, por la libertad y el poder en contra de la restricción y la muerte. Vemos cómo la vida se acerca finalmente a nuestro nivel humano, trágico y esperanzado. Somos conscientes de que hoy en día la humanidad se enfrenta a posibilidades sin precedentes, a enormes problemas. Condicionan nuestra existencia. El aspecto práctico, la forma material, la encarnación del impulso religioso modernizado marcan la dirección de la vida en su conjunto hacia la solución de estos problemas y la realización de sus posibilidades. En la actualidad la humanidad solo tiene estas alternativas, magnificencia de espíritu y magnificencia de los logros, o la hecatombe”.²²

Por lo que Wells parece creer, tan sólo un movimiento de masas, compuesto por personas y grupos altamente comprometidos, tendría el poder para transformar la organización política del mundo mediante la creación de una organización mundial racional y posiblemente democrática. Lo novedoso de *The Open Conspiracy* está en la percepción pluralista de la multitud de actores que constituirían este movimiento: los remanentes de los partidos comunistas y movimientos obreros, los banqueros progresistas y otros sectores profesionales, además de la multitud de diferentes culturas, tanto nacionales como religiosas. Sin embargo, al menos en este caso, Wells se niega a aceptar aquello que ahora se llamaría la analogía nacional, según la cual la experiencia e instituciones de los políticos modernos occidentales en la política nacional pueden y deben aplicarse a la sociedad de Estados o al mundo en su conjunto: “Podemos tener varios sistemas de control mundial en lugar de un

²¹ H. G. Wells, *The Open Conspiracy and Other Writings*, Waterlow & Sons, Londres, 1933, p. 47.

²² *Ibidem*, p. 22.

único Estado mundial”. Estos sistemas de control de diferentes áreas funcionales –por ejemplo, “la regulación práctica, su ejecución y los funcionarios necesarios para mantener al mundo en un buen estado de forma”– sólo pueden estar vinculados muy tenuemente entre sí.²³ En este sentido, Wells enfatiza que las instituciones responsables de la organización política mundial podrían –y posiblemente deberían– no parecerse a las instituciones de los modernos Estados liberales y democráticos. Finalmente, se muestra contrario a cualquier “utopía estable”, ya sea democrática o no: “La humanidad, liberada de la presión demográfica, el desgaste de la guerra y la monopolización privada de las fuentes de riqueza, se enfrentará al universo con un grande y creciente superávit de voluntad y energía. [...] Apenas hemos salido de entre los animales y su lucha por la supervivencia. Vivimos en los albores de la toma de conciencia humana y ante el primer despertar del espíritu de dominio. Creemos que la exploración persistente de nuestros mundos exteriores e interiores por parte del empeño científico y artístico llevará al desarrollo de poderes y actividades sobre los cuales no podemos marcar límites ni dar formas concretas en la actualidad”.²⁴

Ya en la década de 1930, Wells había concluido que la reorganización política mundial requeriría: 1) una devoción religiosa y visión compartida del mundo por 2) personas competentes que participen, de distintos modos, en un movimiento de masas mundial a favor de una nueva organización mundial, y, posiblemente, 3) una gigantesca catástrofe mundial que allanaría el camino para la exitosa realización de las visiones de este movimiento. No obstante, aunque llamase a la objeción de conciencia en los contextos nacionales, Wells también se mostraba elocuente en cuanto a la necesidad de defender, con violencia si fuera preciso, esta nueva comunidad mundial de naciones. No consideró que estos prerequisites estuvieran presentes en 1945, y poco antes de morir escribió un libro en el que expresaba su desesperación, adoptando un “estoico cinismo” y anticipando el final de la especie humana. Otros –sobre todo en EEUU– no compartían su postura. Por ejemplo, L. L. Lorwin, en su libro *Economic Consequences of the Second World War*, trataba, positivamente, a las futuras organizaciones de gobierno mundial, que a su parecer no deberían limitarse a tener poderes relativamente amplios en varios ámbitos, sino que también deberían organizarse democráticamente.²⁵ Además, a finales de la década de 1940, la obra de Emery Reves *The Anatomy of Peace* era muy conocida y ampliamente debatida. En su libro, que fue un gran éxito, Reves sostenía que únicamente “un orden legal, común y soberano”, junto con “un gobierno mundial”, podría proteger a la humanidad de su autodestrucción; sin embargo, su tono no era desesperado.²⁶

²³ *Ibidem*, p. 32.

²⁴ *Ibidem*, p. 43.

²⁵ Tan sólo hemos podido acceder a una traducción en sueco: L. L. Lorwin, *Det andra världskrigets ekonomiska följder*, trad. por L. Lindberger, Estocolmo, 1942.

²⁶ E. Reves, *The Anatomy of Peace*, Penguin, Nueva York, 1947, pp. 242-244.

No obstante, Wagar ha aceptado las principales conclusiones de Wells con respecto a los requisitos para una transformación significativa de la política mundial, en parte por el curso de la historia del siglo XX. Desde su perspectiva wellsiana, Wagar ha planteado en *A Short History of the Future*²⁷ un escenario de vía única que sigue el modelo elaborado por Wells en *The Shape of Things to Come*. Wagar, un demócrata global más coherente y explícito que Wells, relata la historia del colapso del sistema capitalista global, la muerte de 6.000 millones de personas en la III Guerra Mundial, en 2044, las consiguientes hambrunas generalizadas y, finalmente, la fundación de un Estado mundial socialista y democrático en la década de 2060. En este escenario de vía única de Wagar, el Partido Mundial es fundado en secreto mucho antes de la Catástrofe. Este partido empieza a ganar terreno después de la Catástrofe, ya sea mediante elecciones o por la conquista de las mentes y corazones de las élites políticas.²⁸ Paulatinamente, los diferentes países y regiones empezarían a unirse a la nueva comunidad de naciones democrática y socialista, aunque en algunos casos sea sólo después de una lucha violenta (también existirían debates entre gandhianos y leninistas en el seno del Partido). Los últimos incidentes violentos entre las milicias de la comunidad de naciones y los grupos de resistencia local llegarían a su fin en 2068. El nuevo Estado mundial estaría gobernado por un parlamento mundial elegido democráticamente. Asimismo, estaría cimentado sobre una base ecológica más sostenible que sus predecesores. En el relato de Wagar, el Estado mundial socialista también sería transitorio y duraría menos de 100 años. Eventualmente, sería reemplazado por una federación de comunidades políticas de menor tamaño, algunas asentadas más allá de los confines del planeta Tierra, y se adentraría más allá en el espacio para el año 2300.

Wagar ha adoptado la visión de una “conspiración abierta” de Wells en una dirección que parece, por lo menos en cuanto a su identidad y estructura organizativa, una versión globalizada de muchos de los partidos políticos del siglo XX. Por otra parte, Michael Hardt y Antonio Negri han intentado considerar la posibilidad de una nueva forma de organización y de identidad política global. Una “multitud” compuesta de una compleja red de actores que conforman un espacio de comunicación. Aunque en parte inspirada por las recientes experiencias de los movimientos contrarios a la globalización, la idea de la “multitud” también trae reminiscencias del concepto de “conspiración abierta” expuesto por Wells. En su ampliamente debatido libro, *Empire*, Hardt y Negri sostienen que las redes se han convertido en el modelo económico dominante.²⁹ En su posterior obra, *Multitude. War and Democracy in the*

²⁷ W. W. Wagar, *A Short History of the Future*, 3ª Edición, University of Chicago Press, Chicago, Illinois, 1999.

²⁸ Este texto fue redactado originalmente a finales de la década de 1980, cuando la idea de un partido mundial podría parecer incluso más remota que hoy en día. Podría resultar excesivamente simplista el asumir, en el escenario descrito por Wagar, que para mediados del siglo XXI existiría un único partido mundial, llamado Partido Mundial. Podría ser más realista contemplar la existencia de varias formaciones semejantes a los partidos, que se distinguirían entre ellas mediante nombres que no sólo expresarían su alcance mundial (como en el caso del Partido Mundial) sino también sus posiciones ideológicas.

²⁹ M. Hardt y A. Negri, *Empire*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2000.

Age of Empire, estos autores elaboran un poco más su concepto de una forma de poder en red, de guerra a través de redes, además de redes de lucha global.³⁰ Cuando se le preguntó a Hardt sobre cómo distinguir entre la noción de multitud frente al concepto marxista de clase, contestó: “[...] el concepto de Multitud pretende reconocer lo que es la formación de clase hoy en día, y al describir esta formación de clase, reconocer las formas de su capacidad de actuación política. En un sentido integral –las connotaciones de clase como la clase obrera industrial también son importantes–. Cuando hablamos de Multitud en la actualidad, de lo que estamos hablando es de reconocer y nombrar las modalidades de trabajo y producción existentes –ya que esto es lo que hace la Multitud. En ningún caso excluye a la clase obrera industrial. Aún son muchos los que trabajan en fábricas, de hecho el número global de personas empleadas en fábricas no ha disminuido. Sólo se han registrado declives en las partes del mundo más dominantes –pero, tal y como he dicho, los trabajadores industriales son parte de un rango mucho más amplio de modalidades de trabajo que cooperan en la producción y deben ser contemplados de un modo mucho más amplio, digamos que horizontal, con respecto a las diferentes posibilidades de organización política–”.³¹

Igual que en el relato de Wells, estas ideas se están desarrollando, en parte, como reacción al problema global de la guerra. Sin embargo, en lugar de contemplar una posible catástrofe total, Hardt y Negri se refieren a una “guerra permanente contra el terror”. Este tipo de guerra *orwelliana* casi permanente, contra un enemigo generalmente mal identificado, también puede ser una manera de dominar a los demás, y servir para legitimar el uso de la violencia y otros medios excepcionales, contra cualquier adversario (cualquier identidad sospechosa). Como reacción a la guerra y la dominación asimétrica, Hardt y Negri argumentan que la multitud debería convertirse en una base para la generación de una red mundial reformista y transformadora con el fin de crear la democracia global: “a nuestro parecer, la multitud es un concepto que puede contribuir a la tarea de resucitar o reformar, o en realidad, reinventar la izquierda nombrando una forma de organización política y un proyecto político”.³² De este modo se sugiere que sería incluso posible que la multitud se organizase en algo parecido a un partido político, aunque Hardt y Negri no profundicen en detalle sobre esta posibilidad.

¿Las organizaciones de la sociedad civil como nuevos tipos de partido?

En los análisis más contemporáneos de la sociedad civil global, los partidos políticos son ignorados totalmente, o considerados como inherentemente distintos de las organizaciones de la sociedad civil. Los partidos son algo anticuado, jerárquico, estático y fuertemente vin-

³⁰ M. Hardt y A. Negri, *Multitude. War and Democracy in the Age of Empire*, Penguin Press, Nueva York, 2004.

³¹ Entrevista realizada por Jaime Morgan a Michael Hardt, que aparecerá próximamente en *Theory, Culture & Society*.

³² M. Hardt y A. Negri, *op. cit.*, 2004, p. 220.

culado al Estado. Por otra parte, las organizaciones de la sociedad civil representan algo nuevo, y son consideradas relativamente horizontales, enérgicas y desvinculadas del Estado.

La investigación sobre las posibles formas de agencia política debería evitar estrictas dicotomías entre las organizaciones de la sociedad civil y los partidos políticos. Muchos de estos partidos, si no la mayoría, tienen sus raíces históricas en movimientos sociales y posiblemente siguen manteniendo, hoy en día, vínculos y similitudes organizativas con ellos. También existen organizaciones de la sociedad civil que son prácticamente indistinguibles de partidos políticos. Legalmente, estos se suelen definir como asociaciones con derecho a participar en procesos electorales. Por supuesto que la distinción entre partidos políticos y movimientos no debería rechazarse totalmente como herramienta analítica. Dificultaría el análisis de cómo las similitudes entre partidos políticos y movimientos sociales tienden a disminuir cuando entran en el gobierno de un Estado territorial, ya sea como socios menores, como Pachakutic en Ecuador durante el Gobierno de Lucio Gutiérrez, o más significativamente, como el caso del Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil.

Son imposibles los cambios democráticos mundiales sin movimientos políticos mundiales transformadores, que incluyan a actores cívicos y, al menos hasta cierto punto, a los Estados

¿Qué papel político tienen las organizaciones transnacionales no partidistas? Con respecto al orden global, las reuniones de organizaciones formalmente privadas, como el Grupo Bilderberg, la Comisión Trilateral y la Sociedad Mont Pelerin, son ejemplos de instituciones que se han convertido en espacios para que las élites selectas se reúnan, en sentido limitado, con actores políticos. Entre la sociedad civil global definida ampliamente, el Foro Social Mundial (FSM) se ha convertido en uno de los espacios más relevantes desde donde puede surgir un nuevo tipo de agencia política.³³ Para algunos, el FSM incluso podría satisfacer algunas de las esperanzas que han sido tradicionalmente asociadas a las internacionales socialistas. Según el título de uno de los primeros libros editados sobre el FSM, éste es un Partido de Oposición. No obstante, la gran mayoría de los miembros de las entidades de dirección de facto del FSM perciben su papel de un modo muy distinto.

Según destacó Cândido Grzybowski, uno de sus fundadores brasileños, los participantes en el FSM “deben ser radicalmente políticos” y comprometerse con una “nueva forma de

³³ H. Patomäki y T. Teivainen, “The World Social Forum: an open space or a movement of movements?”, *Theory, Culture & Society*, Nº 21, 2004b.

hacer política”.³⁴ Grzybowski concluye acertadamente que “nos comprometemos en un acto plenamente político, pero parece que temiésemos sus consecuencias”.³⁵ Muchos observadores académicos, como por ejemplo Arturo Escobar, han percibido “el auge de una nueva lógica teórica y política” en el seno del FSM, incluso si sus fronteras son “aún prácticamente invisibles”.³⁶ Desde los inicios, los organizadores del FSM deseaban excluir el tema de la representación de los debates sobre la nueva lógica política dentro del FSM. Sin embargo, han aumentado las demandas para solucionar la falta de representatividad que se percibe en el ámbito de sus órganos de dirección.

Aunque uno de los principales desafíos del FSM es transformar el significado de lo que se entiende por política, los debates sobre sus vínculos con los partidos políticos, tanto presentes como futuros, discurren principalmente según la terminología tradicional. En los debates sobre la viabilidad de que surjan partidos políticos mundiales, deberíamos ser cautos para evitar las divisiones simplistas que se repiten entre partidos políticos y movimientos sociales, que pueden resultar útiles, hasta cierto punto, en los contextos nacionales. También es fundamental evitar reproducir las categorías de la política nacional occidental de finales del siglo XX. Los partidos políticos han sido percibidos, en numerosas ocasiones, como instituciones que se erosionan, y que se han convertido, cada vez más, en parte del gobierno estatal.

Resulta obvio que, hasta cierto punto, el FSM, basándose en una amplia definición, es un partido de opinión: “nos oponemos al neoliberalismo, al imperialismo y a la violencia en todas sus formas”, y “otro mundo es posible”. La idea del FSM claramente no contempla la construcción de un programa político bien definido, ni la opción de presentarse en elecciones, ni –sin duda– la de tomar el poder en los Estados. De ahí que debamos preguntarnos si es posible hacer algo más que no sea únicamente organizar espacios pluralistas para la celebración de reuniones, debates y festividades. ¿Pueden las organizaciones transnacionales de la sociedad civil y otros movimientos hacer algo eficaz para que otro mundo sea posible? Esta pregunta también debe ser alejada de la posibilidad abstracta de crear un partido global en un sentido poco definido. Por ahora, al menos, la atención debería centrarse en cómo capacitar a los distintos tipos de actores políticos y alianzas transnacionales para que puedan contribuir a las transformaciones democráticas de nuestro mundo.

Son imposibles los cambios democráticos mundiales sin movimientos políticos mundiales transformadores, que incluyan a actores cívicos y, al menos hasta cierto punto, a los Estados. Toda transformación requiere regulación con respecto al derecho internacional –y

³⁴ C. Grzybowski, “Challenges, limits and possibilities of the World Social Forum”, Terra Viva online, enero de 2004, en www.ipsnews.net

³⁵ *Ibidem*.

³⁶ A. Escobar, “Beyond the Third World: imperial globality, global coloniality and antiglobalization social movements”, *Third World Quarterly*, Vol. 1, N° 24, 2004, pp. 207-230.

posteriormente incluso con respecto al derecho global—. En la actualidad, sólo los Estados pueden crear y modificar el derecho internacional. Cualquiera que sea la forma que adopte la sociedad civil global, incluyendo la posibilidad de sustituir el término sociedad civil por algo mucho más exacto e imaginativo, sólo puede obrar una transformación si interviene en procesos más tradicionales con el fin de crear nuevos foros de deliberación, de estructuración de agenda y de toma de decisiones. Mientras la capacitación de los movimientos mundiales se base en visiones programáticas bien articuladas, también pueden avanzar hacia el surgimiento de partidos políticos mundiales u organizaciones semejantes a los partidos.

El posible surgimiento de nuevos espacios para los partidos políticos mundiales

También parece necesario revisar el concepto de cargo político si pretendemos que nuestro análisis sobre los futuros partidos mundiales sea innovador y realista. Más allá de ser una posibilidad política relativamente remota, en el mejor de los casos, la creación de un Estado mundial en sí mismo está lejos de ser una solución evidente a los problemas mundiales de la guerra. Tal y como han argumentado muchos analistas políticos en el curso de los años, un Estado mundial no es en sí ninguna garantía de paz. Hay motivos para sospechar, basándose en estudios empíricos sistemáticos de Estados y federaciones del pasado, que la imposición de un gobierno común, con su capacidad para hacer cumplir las normas de modo violento, puede incluso dificultar la consecución de la paz. Sin una comunidad de seguridad política previa y como base, una estructura global de tipo estatal podría fácilmente convertirse en un monstruo totalitario, sostenido en gran medida por el uso masivo de la violencia, y/o precipitar una guerra civil global con consecuencias devastadoras.³⁷ La formación de una comunidad de seguridad global es un proceso largo y complejo de institucionalización de la aceptación mutua, de la confianza y de los procedimientos y prácticas de cambio pacífico; además, siempre es vulnerable a la intensificación de conflictos. Cuanto más centralizador sea el intento por establecer una comunidad política a gran escala, mayores serán los riesgos. No obstante, los procesos para establecer mecanismos de cambio pacífico, y la apertura de espacios políticos compartidos a escala mundial, suponen, en gran medida, la democratización de los sistemas de gobierno global.³⁸

³⁷ Entre los textos clásicos en este sentido están los de: R. Aron, *Peace and War. A Theory of International Relations*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1962, pp. 725-766, y H. Morgenthau, *Politics among Nations. The Struggle for Power and Peace*, 3ª Edición, Knopf, Nueva York, 1961, pp. 514-518. Para la articulación original de la teoría de las comunidades de seguridad, ver K. W. Deutsch et al., *Political Community and the North Atlantic Area. International Organization in the Light of Historical Experience*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1957. Un intento de desarrollar la teoría de las comunidades de seguridad más en profundidad puede verse en H. Patomäki, *After International Relations. Critical Realism and the (Re) Construction of World Politics*, Routledge, Londres, 2002, cap. 8.

³⁸ H. Patomäki, "Problems of democratizing global governance: time, space and the emancipatory process", *European Journal of International Relations*, Vol. 3, Nº 9, 2003, pp. 347-376.

Esta perspectiva también podría abrir nuevos modos de entender la labor de los partidos políticos mundiales. En la actualidad, los actores políticos pueden crear redes transnacionales y espacios de comunicación. Pueden competir por convencer a la opinión pública en distintos países y regiones, e incluso en el ámbito mundial, y pueden intentar forjar alianzas a favor de varias reformas a través de los Estados, e incluso mediante la política electoral en el seno del Estado mismo. Además, si logran transformar los sistemas de gobierno global, también podrían crear nuevos espacios políticos para profundizar en el desarrollo de actividades políticas de otro tipo. Actualmente, y según la visión de Wells y la teoría funcionalista de las relaciones internacionales,³⁹ la mayoría de las organizaciones internacionales existentes son funcionales y no territoriales. Diferentes organizaciones funcionales están compuestas por distintos miembros, principalmente Estados y ONG. En otros términos, aunque puede que sus miembros se solapen, no son ni idénticos, ni inclusivos, ni territorialmente exclusivos. También podrían fundarse nuevas organizaciones. Sean nuevas o viejas, cualquiera de estas organizaciones puede ser (re)construida sobre la base de un conjunto de normas y principios democráticos.

En *A Possible World: Democratic Transformation of Global Institutions*, hemos dado ciertos pasos hacia el desarrollo de una estrategia sistemática para la democratización global.⁴⁰ Junto con Wells, consideramos que debe surgir un movimiento global transformador. De este modo, el primer elemento de nuestra estrategia es “el fortalecimiento de la sociedad civil global” mediante procesos como el FSM. Comparadas con la visión de Wells de un movimiento real basado en una visión mundial cósmica, cosmopolita y humanista, compartida en cuanto al papel y el potencial de nuestra especie en el pluriverso, nuestras propuestas, al igual que el concepto del FSM en sí, son poco concretas. Sea como fuere, consideramos, en segundo lugar, que la clave para las transformaciones democráticas en otros ámbitos pasa por eliminar las relaciones de dependencia financiera de los Estados y otros actores de las relaciones mundiales. Destacan dos propuestas de reforma: la creación de un impuesto mundial a las transacciones de divisas (ITD) y el establecimiento de un mecanismo mundial de arbitraje de la deuda. El tercer componente de nuestra estrategia sin plazo definido sería una serie de reformas importantes a la Organización Mundial del Comercio (OMC).

Analizando las experiencias de los movimientos sociales desde principios de la década de 1990, se puede observar que existen otros desastres, además de las guerras, que desencadenan importantes reacciones políticas que pueden llevar a actividades transformativas. En su tratado sistemático *Global Business Regulation*, John Braithwaite y Peter Drahos desarrollan un modelo según el cual existen secuencias recurrentes proactivas y reactivas

³⁹ Ver, sobre todo, D. Mitrany, *Working Peace System. An Argument for the Functional Development of International Organization*, National Peace Council, Londres, 1945, y E. B. Haas, *Beyond the Nation-state: Functionalism and International Organization*, Stanford University Press, Stanford, California, 1964.

⁴⁰ H. Patomäki y T. Teivainen, *op. cit.*, 2004a.

de acciones estratégicas mundiales para garantizar cambios reguladores mundiales, como puede ser la instauración del ITD y de una nueva organización para gestionarlo.⁴¹ Una secuencia reactiva empieza con un desastre, seguido de un gran revuelo mediático y una demanda del público para desarrollar nuevas regulaciones. Posteriormente, los actores individuales pueden iniciar el proceso de innovación reguladora que, mediante un complejo proceso y en una versión potencialmente diluida, puede convertirse en un estándar global que apaciguará al público eventualmente. Esto parecería ajustarse al modelo de la campaña global a favor del ITD, que tuvo lugar a finales de la década de 1990, aunque sólo hasta cierto punto, teniendo en cuenta que (aún) no existe este impuesto.

La clave para las transformaciones democráticas pasa por el fortalecimiento de la sociedad civil global y por eliminar las relaciones de dependencia financiera de los Estados y otros actores de las relaciones mundiales

También se da la posibilidad de una secuencia proactiva. En vez de empezar la secuencia con un desastre y la consiguiente repercusión mediática, comenzaría con el “espíritu empresarial individual”⁴² y el “reclutamiento del poder organizativo” a través de varios mecanismos y redes transnacionales. Estos dos esquemas pueden considerarse como modelos descriptivos y analíticos. Sostienen que los actores débiles pueden actuar a través de redes de influencia, alianzas entre naciones y al liderar la imaginación de las opiniones públicas en los Estados poderosos. El objetivo de su análisis también pasa por la capacitación y fortalecimiento de los que se consideran como actores más débiles, como pueden ser las ONG y los Estados menos poderosos. Son escasos los ejemplos de re-regulaciones exitosas según estas líneas. La visión más tradicional parece fluir en dirección contraria. En cierta medida, el gobierno global tiene cada vez más poder de convicción, prevaleciendo sobre el

⁴¹ J. Braithwaite y P. Drahos, *Global Business Regulation*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000.

⁴² Braithwaite y Drahos utilizan los términos de la economía *schumpeteriana*, lo cual puede considerarse como una limitación. Según la teoría económica, el “espíritu empresarial” supone la práctica de iniciar u organizar algo nuevo, principalmente en el ámbito de las nuevas tecnologías o empresas. Para Antonio Gramsci, el conocido teórico italiano de la hegemonía y de la sociedad civil, que escribió sus *Prison Notebooks* en la cárcel bajo el régimen de Mussolini durante la década de 1930, empresario es una categoría social específica. Un empresario es en sí mismo “un organizador de masas de hombres; debe ser un organizador de la ‘confianza’ de los inversores en su negocio, de los clientes de su producto, etc.”. Aunque el grupo social de los empresarios capitalistas crea, junto con él mismo, un estrato de “intelectuales orgánicos”, también existen otros grupos y clases que, de un modo similar, tienden a generar intelectuales orgánicos con interpretaciones y percepciones alternativas de la sociedad. Para Gramsci, los intelectuales orgánicos no sólo describen la vida social de un modo científico, proponiendo nuevos modelos para la organización de normas, prácticas e instituciones sociales, sino que también expresan, a través del lenguaje sistematizado de una cultura compartida en parte, las experiencias y sentimientos que las masas no pueden articular por sí mismas de modo coherente. Ver A. Gramsci, 1971 [1949], “The intellectuals”, en Q. Hoare y G. N. Smith (Trad. y Ed.), *Selections from the Prison Notebooks*, International Publishers, Nueva York, 1971 [1949], pp. 3-23. En www.marxists.org/

proceso democrático de toma de decisiones en el seno de los Estados. Por otro lado, EEUU preferiría reemplazar el multilateralismo por unas relaciones imperiales de poder definidas unilateralmente, a través de las cuales los demás Estados se relacionarían directamente con Washington.

Sin embargo, y contra todos los pronósticos, o posiblemente sólo después de un desastre limitado, o una serie de desastres limitados, los movimientos transnacionales, probablemente ya en el punto en que empiezan a formar redes u organizaciones semejantes a los partidos, podrían, a la postre, lograr establecer un ITD, por ejemplo, o cualquier otra reforma clave similar. Según un borrador de tratado para la creación de un ITD global, redactado en otoño de 2001 e invierno de 2002, y publicado por primera vez en el FSM de Porto Alegre, éste sería un impuesto global acordado multilateralmente y controlado por un órgano democrático.⁴³ La mayor parte del marco legal que define la base del impuesto se apoya en la 6ª Directiva sobre el IVA de la Comisión Europea que, hasta la fecha, ha servido como modelo para los Estados de Europa central y oriental, Rusia, China y muchos otros. El impuesto es lo suficientemente oneroso como para contener el poder de los flujos financieros transnacionales; de este modo se parece más a la propuesta original de James Tobin que a otras versiones posteriores del ITD. En cuanto a los principios de regulación global, el tratado sobre un ITD mundial también tiene el potencial para actuar como rompehielos en el marco del derecho internacional,⁴⁴ plasmando un ejemplo fácilmente realizable de los principios legales pos-soberanos que facilitan una re-regulación y tributación eficaz, tanto en la economía mundial como en otros ámbitos.

El tratado establecería una nueva organización democrática, la Organización para el Impuesto a la Transacción de Divisas (OITD). Aunque una organización relativamente liviana, en términos burocráticos, la OITD tiene capacidad de aprendizaje y de autotransformación. Además, tiene que estar abierta a diferentes puntos de vista, y debe poder reaccionar rápidamente ante cambios inesperados y estar cualificada para asumir nuevas tareas si fuera necesario. Asimismo, debe contar con un proceso justo, transparente y responsable con el que se puedan alcanzar decisiones relativas a la asignación de los fondos. Sólo una organización democrática, eficaz y abierta puede cumplir con estos requisitos. Como aspecto positivo, cabe señalar que una OITD también podría estimular el desarrollo de nuevas formas de participación democrática y de responsabilidad en el ámbito del gobierno económico global, en virtud de sus estructuras e iniciativas ejemplares.

⁴³ H. Patomäki y L. A. Denys, *Draft Treaty of Global Currency Transactions Tax*, NIGD Discussion Paper, Helsinki y Nottingham, 2002. En: www.nigd.org. También publicada en B. de Schutter y J. Pas (Eds.), *About Globalization. Views on the Trajectory of Mondialization*, VUB Brussels University Press, Bruselas, 2004, pp. 185-203.

⁴⁴ Retomando la frase de Lieven Denys en "The Currency Transaction Tax as an icebreaker in international law", conferencia dada en la Universidad de Helsinki el 18 de noviembre de 2004; disponible en el *Finnish Yearbook of International Law*, 2005.

La OITD regularía el impuesto y controlaría el fondo global. Se compone de un consejo, de una secretaría permanente y de una asamblea democrática. Se le reconocen como partes a tres tipos de actores: gobiernos nacionales, parlamentos nacionales y actores cívicos y movimientos sociales transnacionales, incluyendo a ONG y sindicatos, por ejemplo. En un sistema mayoritario (cualificado) de toma de decisiones, el peso de cada gobierno y parlamento nacional depende del tamaño de la población de sus países respectivos. Los actores cívicos también participan en el proceso de toma de decisiones a través de la asamblea democrática. Asimismo, estos actores pueden provenir de países que no participen en el régimen del ITD. Pueden formar partidos de opinión y, eventualmente, establecer órganos más institucionalizados, más parecidos a los partidos, que competirían por los escaños de la asamblea democrática.

La creación de un ITD podría ser reproducida en varias áreas funcionales de la re-regulación y/o la tributación global. Lógicamente, lo que surgiría de este tipo de desarrollos sería un sistema de gobierno global complejo, no-centralizado, no-territorial y no-exclusivo, con varios espacios políticos superpuestos. Incluso podría considerarse la coordinación, por ejemplo, de políticas económicas mundiales de los Estados y estas organizaciones sin necesidad de crear un componente territorial dominante sobre ellas. El órgano coordinador podría ser una asamblea representativa elegida globalmente con poderes limitados y relacionales (es decir, no soberanos). Las circunscripciones electorales de este ente podrían definirse en términos de identidad y/o áreas funcionales, y no sobre la base de la ubicación territorial —o de una combinación de ambas—. También se puede abordar la posibilidad de que una parte de los escaños sean asignados mediante algún tipo de sorteo entre aquellas ONG interesadas en participar en las actividades de esta entidad. La inclusión de mecanismos institucionalizados para la exclusión voluntaria garantizaría que no todos tengan que acatar (todas) las normas y principios de esta asamblea siempre. Otra posibilidad sería que, si ya no existen en ese momento de la historia mundial, distintos partidos de opinión creasen organizaciones políticas transnacionales que compitiesen con partidos políticos formales por algunos escaños en este nuevo organismo.

Una vez que hemos abierto nuestra imaginación institucional más allá de las categorías estándar de la Europa moderna, pueden surgir múltiples nuevas posibilidades que son aparentemente viables y que merecen ser exploradas.

Conclusión: hacia un programa de investigación

Las conclusiones a las que llegó Wells a principios de la década de 1930 son sorprendentes. Según argumentaba, lo que se necesita es un proceso indefinido para la creación de sistemas de gobierno global mejores, más robustos y más legítimos; y no solamente la recreación a escala global de las instituciones de los Estados-nación contemporáneos. El de-

sarrollo de diversas organizaciones funcionales después de la II Guerra Mundial también puede interpretarse, dialécticamente, como un paso indirecto en el camino iniciado e imaginado por Wells. Aunque no haya habido una transferencia generalizada de lealtades hacia estas instituciones o hacia la comunidad mundial (de las que éstas serían agencias), como lo esperarían los funcionalistas, los nuevos sistemas de gobierno regional y global se han transformado en puntos importantes de competencia política. Esto abre numerosas posibilidades dialécticas, ya sean catastróficas, sumidas en crisis o que fortalezcan y capaciten a la humanidad.

Nuestro análisis parecería dar lugar a una nueva problemática para la investigación. Surgen una serie de preguntas que se refieren a los posibles sistemas de ideas políticas de estos partidos. Serían partidos de opinión, sí. Pero ¿hasta dónde deberían compartir sus opiniones? La idea de Wells acerca de una “conspiración abierta” es especialmente importante en este contexto. Wells argumentaba que, al igual que las ideologías nacionalistas y estatistas del pasado, los cosmopolitas requieren su propia visión holística de la historia mundial y de un lugar en el universo -un pluriverso, como prefieren llamarlo muchos a principios del siglo XXI-. Desarrolló hondamente estas cuestiones, redactando gruesos e innovadores volúmenes sobre ambas. También parece haber considerado que las verdaderas transformaciones son imposibles si no se cuenta con una devoción religiosa compartida (humanista y cósmica) afín a la causa cosmopolita.

Más allá de lo que se piense de los esfuerzos de Wells, lo importante es su intento por cultivar una cosmovisión más desarrollada que pudiera ser compartida por aquellos que forman parte de la “conspiración abierta”, una especie de partido político mundial. Asumiendo la permanencia de las diferencias de opinión, en un mundo futuro con múltiples organizaciones políticas mundiales semejantes a los partidos políticos debería haber muchas cosmovisiones de este tipo, relacionadas de alguna forma pero también separadas; y, aunque rivalizaran entre sí, también compartirían la lucha contra visiones más parroquianas (incluso aprendiendo de su riqueza cultural). ¿Qué significaría todo esto en la práctica? Este es, sin duda, un enorme terreno por descubrir para futuros estudios ético-políticos.

Una segunda serie de preguntas tiene que ver con las formas organizativas. En la sociedad civil global hay grandes suspicacias con respecto a la idea de partido político. Teniendo en cuenta las experiencias y desastres del siglo XX, ya hemos dicho que los partidos políticos son percibidos como anticuados, jerárquicos, estáticos y vinculados al Estado, mientras que las organizaciones de la sociedad civil aparecen como horizontales, enérgicas y autónomas del Estado. También hay que considerar la idea de la “red” como una nueva forma organizativa. Entonces, ¿qué aspecto tendría un partido político basado en un sistema de redes en cuanto a los detalles organizativos específicos? Además, ¿sería posible cultivar vínculos continuados y similitudes organizativas con las actividades auto-organizativas de

los ciudadanos políticos y sus organizaciones independientes? También existe el riesgo de que un partido político global se percibiera como alejado de los intereses de la mayoría de los ciudadanos medios y de sus vidas cotidianas. Garantizar la capacidad auto-organizadora de la sociedad civil de forma institucionalizada podría servir como remedio, en parte, pero sin duda será necesario experimentar con nuevas formas organizativas. ¿Habría otras formas de enfrentarse a estas cuestiones?

Otras preguntas tienen que ver con posibles acuerdos y/o mecanismos institucionales mundiales. La historia sigue abierta, de modo que existen múltiples caminos desde cualquier punto de partida específico (estado de la cuestión). Las pugnas del pasado siempre pueden ser reabiertas en nuevos contextos que pueden ser aún más favorables que los anteriores. Se pueden inventar o realizar nuevas combinaciones entre los elementos existentes de los diferentes contextos sociales; pueden surgir nuevas fuerzas sociales; pueden ser innovados e incorporados elementos verdaderamente nuevos a los procesos de lucha política del presente o de un futuro cercano. Sería megalómano imponer cualquier futuro posible y deseable por encima de las demás posibilidades transformativas que están abiertas en esta etapa actual de la historia mundial.

Las posibilidades futuras podrían seguir incluyendo distintas formas de representación territorial. Por ejemplo, la propuesta para la creación de un impuesto a las transacciones de divisas. De hecho, la regulación y el gobierno sobre un área funcional específica combina la representación territorial (con representantes de gobiernos y de parlamentos nacionales democráticamente elegidos) con una sociedad civil no territorial, o un componente de partidos políticos. En algunos casos, la emancipación podría asumir la forma de una reducción en el alcance y en los poderes de los sistemas existentes de gobierno global, como puede ser la OMC, lo cual incrementa la autonomía de los Estados territoriales en algunos aspectos. Sin embargo, aunque la idea de un parlamento mundial puede y debe ser reconsiderada sobre la base de líneas no federales y no territoriales,⁴⁵ las circunscripciones de este órgano podrían también definirse, en parte, de acuerdo con líneas territoriales.

En lugar de contrastar la territorialidad y sus consecuencias como tal, el objetivo es que, del mismo modo que los primeros europeos modernos inventaron nuevas formas de gobierno democrático, nosotros, en el siglo XXI, nos esforcemos por elaborar nuevas formas de participación, de representación y de responsabilidad democráticas. La problemática de la investigación se enmarca dentro de un análisis realista de las posibilidades transformadoras de distintos contextos políticos mundiales, además de la viabilidad y consecuencias reales de los distintos modelos específicos de acuerdos y mecanismos institucionales mundia-

⁴⁵ H. Patomäki, "Rethinking global parliament: beyond the indeterminacy of international law", *Widener Law Review* (próxima publicación), en www.nigd.org

les, incluyendo, por ejemplo, la re-regulación, la tributación, la redistribución y las diferentes formas de planificación económica y ecológica en el ámbito global. Según va cambiando el contexto, también debería hacerlo nuestro análisis de los acuerdos y mecanismos institucionales posibles y deseables.